



Manuel Carpio

QUE ha vivido un hombre que se llama-
ba Manuel Carpio, es lo único que
sabemos para hacer la biografía del
poeta; mas para apreciar sus relevantes talen-
tos, nos quedan sus obras, suntuoso túmulo de-
bido á sus propias fuerzas, con las que supo
labrarse una nueva vida para después de su
muerte. Nacido en la tierra aquella donde el
sol todo lo dora, donde el perfume natural de
las hermosas flores todo lo embalsama, sus
poesías son poco conocidas entre nosotros y
su nombre casi no suena, pues las voces de los
que podían hacerlo llegar á nuestros oídos no
se perciben, apagadas por el continuo rugir de
las oleadas que las modernas opiniones han
hecho moverse en aquellas Andalucías riquísi-

mas del mundo que diera Colón por hermano al ya viejo que antes tenían los mortales para morar.

Extraño puede parecer, por la punzante discordancia que resulta de los dos nombres, que al querer tratar del poeta católico, del poeta eminentemente religioso que México tiene inscrito en las brillantes páginas de su historia literaria, nombremos al irónico y sangriento Heine, al Voltaire alemán, pero es justo: refiere el autor del *Intermezzo* que cerca de Goettinga conoció, cuando él no era aún conocido, dos hermanas apellidadas Kuhn que formaban entre sí el más extraño contraste; la una era positivista y dada á las más prácticas realidades; fuerte y gruesa, gustaba poco del sencillo *lied*, al que no encontraba significación, y hacía falta nada menos que un terrorífico cuento de Hoffman, para que se manifestara conmovida; Sofía, que así se llamaba la otra, era dulce y sencilla; asemejábase á esa menuda y delicada planta que al tacto plega sus hojas y se pone mustia y que sin duda por esta razón ha recibido el nombre de *sensitiva*. Había sido musa inspiradora del romántico Novalis, y cuando algún tiempo después de muerto éste, Heine, llevando, como él mismo dice poéticamente, clavado el dardo en el corazón, volvió á encontrar á la que en vida fué ídolo é inspiración del tierno autor de los *Himnos á la Noche*, hallóla sosteniendo entre sus pálidas manos un libro que le dió á conocer, la inacabada

novela á que su amante había dado por título *Henri von Hofterdingen*: en ella había narrado las curiosas aventuras del que luchó en la *Wartbourg* con Klinsohr de Hungría; también nosotros cogimos de manos de elegante y religiosa dama las bellísimas joyas en que nos vamos á ocupar; ella fué la primera en dárnosla á conocer, y si por los encantos de forma en la exposición que de ella hizo, ganaron las bellas letras alemanas, con el hallazgo que Heine reveló, no dejarán de ganar tampoco las españolas con nuestra presentación; los méritos del presentado no decrecen, ni se aminoran, ni se empañan, por toscas y desaliñadas que sean las formas de aquél que á lujosísimo salón lo lleva.

Felices nosotros, que en esta ocasión no podemos temer ni el desaire, ni el cansacio que naturalmente produce el esfuerzo que hay que realizar para conseguir una cosa difícil; presentar á Carpio es una valiosa recomendación para nosotros, pues él por sí sólo se recomienda, y una vez visto, pasa desde luego á ocupar por derecho propio el lugar que legítimamente le corresponde; elevado puesto al que sólo llegan los maestros. Lástima y pena produce considerar cuán descuidada se halla en México la lectura de este poeta y de los que como él merecen títulos de hablistas, pues de ser lo contrario, menos incorrecciones cometerían los vates principiantes, que por desgracia se dejan arrastrar con harta frecuencia por visio-

nes irrealizables y fantasmas que no conducen más que al lenguaje incoherente, hijo de una vehemencia exagerada en la que no andan, sino saltan. Pensar que Carpio puede yacer en el olvido porque, dadas las corrientes de la época, se le haya ocurrido á cualquiera calificarle de anticuado, es cosa que consignamos solamente llevados de una sospecha, pues en modo alguno puede imputarse tan enorme propósito á quien sepa lo que es literatura, á quien sepa lo que es poesía propiamente hablando y quiera saber también lo que es lenguaje. Las opiniones modernas exageradas hasta un punto en que se hace difícil distinguirlas del *delirio tremens*, las perniciosas luchas políticas y más que políticas de bandería, que en repetidas ocasiones han hecho del hermosísimo edén mexicano un infierno cual pintan los hagiógrafos el reservado á los perversos, será tal vez causa del abandono en que se deja á este inspirado maestro del buen decir, temiendo tal vez algún *sprit fort* de los que se acostumbra ahora, que nada bueno haya dicho quien con el corazón exento de pasiones bastardas y con los ojos puestos en Dios, creía en su omnipotencia divina, bendecía su sacrosanto nombre y con los ojos preñados de lágrimas saludaba á la madre del *Verbo* con el acatamiento del buen cristiano, cuya profunda fe no quebrantan ni temores, ni amenazas, ni penalidades.

Error profundo el de los que así piensan;

estudiando cuantas literaturas se han sucedido en el tiempo, debidas á pueblos que florecieron y que al pasar á la historia nos han dejado en riquísima herencia las valiosas joyas de sus ingenios, pueden convencerse de lo contrario; desde las literaturas orientales, pasando por las antiguas de nuestra familia para llegar á las modernas, no hay una que deje de tener grandes modelos en el género que con tanto acierto cultivó el modesto cuanto notable poeta que estudiamos y jamás ni la pasión ni el sentimiento político dieron lugar á que de ellos se apartara la vista; todavía admiramos las soberbias *eslokas* de los Vedas y nos sentimos cautivados con los conceptos admirables de las sentencias brahmínicas; nos deleitan los himnos homéricos que ensalzan á las caprichosas divinidades del panteón helénico, y gustamos tal vez demasiado por desgracia, de esa poesía que cubre el vacío sin término de la decepción, y el desengaño con lujosísimo tul, que es la trampa en que nuestra pobre alma cae para experimentar dolores, angustias crueles y vivas, á las que nada puede hacer hallar compensación. Si hacemos esto, es revelar claramente tendencias al propio mal, apartar los ojos de cuadros con los que podemos identificarnos y hallar siquiera no sea más que una ligera parte del consuelo que tanto se echa de menos.

Sin anticiparnos, siguiendo un orden racional en este estudio, y antes de pasar á ocupar-

nos en particular de algunas de sus composiciones, justo es que emitamos el juicio general que hemos formado de Carpio.

No es el ilustre poeta á quien México debe tanta parte de su gloria literaria, un poeta místico: sin entrar á discutir si tenía condiciones, para llegarlo á ser, justo es manifestar que la clase de vida á que se hallaba dedicado no le podía permitir el cultivo de este género, tal como debe ser entendido. Para pocas almas dejará el mundo de tener atractivos, y en tanto la vista halle recreación en algo de lo exterior, en algo de lo que fuera de nosotros mismos nos lleva á la lucha, al deseo, á la pasión, las exclamaciones que de nuestros labios broten, lo mismo que los pensamientos que sean sugeridos á nuestra imaginación, no pueden ser místicos. Médico distinguido, político por el bien de su país y no por la soberbia aspiración que á tantos fascina, Carpio tenía necesariamente que sostener un comercio bien ajeno á la calma espiritual que poco á poco lleva al misticismo, de la misma manera que el hondo silencio que en la campiña nos rodea nos lleva al pensamiento melancólico, á la languidez y al olvido de nosotros por nosotros mismos. El anacoreta en el desierto, el monje en su celda, la religiosa en el claustro, llegarán á ser místicos si á los citados lugares no fueron arrastrados por las decepciones que envenenan el alma, pues si así sucede, llevados de la misantropía, lo mismo que se hallaban solos en el mundo,

se verán solos en los santuarios, y sintiendo los agudos dolores de sus heridas lo mismo en una parte que en la otra, se quejeren siempre, y no ya místicas, pero ni aun religiosas resultarán sus lamentaciones, á menos que no tenga su misticismo la desesperación, en cuyo caso, místico sería el inolvidable Leopardi.

Dado que esto no es lo admitido, y que buenos y grandes ejemplos tenemos de lo que debe ser, podemos afirmar que al verdadero misticismo sólo se llega por la abstracción completa que conduce al éxtasis; cuando se tiene la dicha de no ver ó no comprender el mundo; cuando armándonos de una firme resolución nos deshacemos de todo lo que nos rodea y descendemos calmados y serenos á las profundidades de nuestro sér, donde Dios late con toda su grandeza, revelándose en nuestra alma; cuando desde allí nos elevamos con ligeras alas á los etéreos espacios donde no cabe ni dolor ni sombras, procurando evitar hasta que las puntas rocen á la materia, entonces y sólo entonces es cuando se puede llegar á ser un verdadero místico digno de ser asimilado á San Juan de la Cruz, Santa Teresa y la divina mexicana Sor Juana Inés de la Cruz. El esfuerzo es sobrehumano, por la razón que acabamos de manifestar, el mundo deja de tener encantos para muy pocos, y aun de éstos debemos separar aquéllos que un día los vieron y los gozaron, y que no sintiéndolos ya, van al escepticismo que engendra la desesperación y